

LAS DOS FORMAS DE LA PALABRA.

MARÍA ZAMBRANO, *Filosofía y poesía*, Ediciones de la Universidad de Alcalá de Henares-Fondo de Cultura Económica (Sucursal Española), Madrid, 1993, 123 págs.

La palabra de María Zambrano se sitúa más allá del tiempo. Desasida así de los estrechos márgenes que ha impuesto la visión positivista de la existencia, opta entonces por una radicalidad de pensamiento que le lleva directamente a la radicalidad de la escritura. Porque quizás ambas manifestaciones de la radicalidad no puedan darse sino unidas: comunión, una vez más, de las dos formas de la palabra. La palabra poética se disuelve en la palabra filosófica y es, al mismo tiempo, el recipiente que la contiene.

Filosofía y poesía (libro publicado en México en 1939, pero ahora nuevamente editado), en este sentido, deja de ser tan sólo el texto donde María Zambrano estudia esta dualidad para mostrar “la extrema necesidad que vienen a colmar las dos formas de la palabra”. Es, por encima de todo, su Poética, el texto donde su escritura (poética, filosófica) se plantea a sí misma, y queda hasta cierto punto suspendida en su función de plasmar una aventura intelectual: texto, así, inicial e iniciático, ritual de ingreso en la palabra que es a la vez poesía y filosofía y –precisamente por serlo– le conducirá años más tarde a la lucidez de *El hombre y lo divino* (1955), *Claros del bosque* (1977) o a las bellísimas páginas sobre pintura recogidas póstumamente en *Algunos lugares de la pintura* (1991). Pues su aventura estética, efectivamente, es la aventura del conocimiento, revelándose casi como una Sor Juana del siglo XX (que, de un modo también coincidente, escribe su texto desde México). María Zambrano acomete las pirámides hacia el conocimiento, entre brumas, e inicia la ascensión hacia la luz, hacia esa iluminación que Ungaretti recoge en “Mattina”. Y es una ascensión que ha de emprenderse necesariamente desde la oscuridad, sin otra guía que la *luz interior* que ya encegueció a San Juan de la Cruz: “he preferido la oscuridad que en un tiempo pasado descubrí como penumbra salvadora, que andar errante, solo, perdido, en los infiernos de la luz”, dice María Zambrano en el prólogo a la edición corregida de este libro en 1987. Y señala también en otro libro: “El pensar vivifica”: epifanía del conocimiento desvelado tras la *corteza de la letra* (Fray Luis de León). “Quien no aprende, se somete a la muerte”, apunta *El Talmud* en este sentido.

En *Filosofía y poesía*, María Zambrano hace un recorrido por las escisiones y los reencuentros de pensamiento y poesía. Parte del asombro ante el mundo como base común, y de las diferentes actitudes tomadas, sobre todo en lo referente a la unidad y multiplicidad, como matrices de la dualidad. La poesía, condena-

da desde Grecia a un vivir errante (pues “el poeta vive prendido a la palabra”), se aferra al instante y adopta una actitud pasiva. La filosofía, en cambio, especula con el mundo y se presenta como único modo de salvación y conocimiento, y con la vía del ascetismo persigue “recobrar la humana naturaleza, rescatar el alma”, algo que, no obstante, también se palpa en la vuelta a los orígenes que caracteriza al poeta. El poeta, como reza el título de la obra de Lezama Lima, es *dador*: “la manera de vivir del poeta, su generosidad, su fidelidad a aquello que recibió sin buscarlo, que le lleva a donárselo a los demás, sin que lo busquen, caritativamente”. Vuelven a unirse poesía y filosofía durante el Romanticismo, esta vez en el contexto de la angustia, para escindir-se una vez más.

En las páginas de este libro la autora relaciona poesía con pensamiento, ética, mística (cómo no recordar aquí los estudios de José Ángel Valente) y metafísica. Para ello, además de las citas de sus maestros Ortega y Zubiri, entreteteje su discurso con autores como Platón, Sócrates o Kierkegaard, además de dejar entrever, a veces entre líneas, la enseñanza de Plotino, Spinoza, Kant o Heidegger. Recurre también en algunos momentos a San Juan de la Cruz, Mallarmé, Valéry o Rimbaud, entre otros. Todo esto demuestra la intención de María Zambrano de beber de la mejor tradición tanto de pensadores como de poetas, para un único fin.

Quizás una de las ideas más importantes de *Filosofía y poesía* resida en la consideración del poeta como un ser que se aferra a las cosas, a las apariencias, y se entrega a ellas hasta lo que María Zambrano denomina “el olvido de sí”. Esta unión con las cosas que lo rodean, este religamiento, esta *religio* en fin (que se toma de unas palabras de Zubiri), es lo que anula el problema de la existencia humana gracias a la armonía que produce entre el hombre y “las cosas en su peculiaridad y su virginidad”. Es la clave para acercarse a algunos poemarios de este siglo, como el *Cántico* de Guillén o *Le parti pris des choses* de Ponge, donde el poeta plantea en el fondo la dolorosa dualidad entre el hombre y las cosas. Esta *religio*, por otra parte, puede considerarse como una alusión al carácter órfico de la palabra poética.

A pesar de las diferencias señaladas en todo el libro, María Zambrano habla de la posible fusión de pensamiento y poesía “en esta referencia a la unidad íntegra del universo, en este dirigirse abrazando todas las cosas”. Ante esta situación pregunta, casi lamenta: “¿No será posible que algún día afortunado la poesía recoja todo lo que la filosofía sabe, todo lo que aprendió en su alejamiento y en su duda, para fijar lúcidamente y para todos su sueño?”. La resolución de esta incógnita hoy, en 1993, quizá no haga sino replantear otra cuestión que probablemente también le surgiría al lector de la primera edición en 1939 (demostración, una vez más, de la atemporalidad de la palabra de María Zambrano): En este mundo desacralizado, que ha perdido la fe en la razón y en los dioses y en el que la obra de arte tiende cada vez más al ensimismamiento, a la creación de una realidad autónoma, ¿es posible aún esta ósmosis entre la obra

y la realidad en un “dirigirse abrazando todas las cosas”, esta *religio* del hombre con los objetos de una realidad de la que está definitivamente escindido, esta comunión, en definitiva, para que las dos formas de la palabra recuperen el asombro ante el mundo y vuelvan a marchar unidas?

Goretti Ramírez